

*José Vidal Valicourt*

DESAPARECER EN UN SOLO  
DE COLTRANE

*PRE-TEXTOS*

*NARRATIVA*

La presente edición ha contado con una ayuda de



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y \*  
Imagen de la cubierta: *Anonymous*, París, 2016, © Miquel Julià

*1ª edición: noviembre de 2017*

© José Vidal Valicourt, 2017  
© de la presente edición:  
PRE-TEXTOS, 2017  
Luis Santángel, 10  
46005 Valencia  
[www.pre-textos.com](http://www.pre-textos.com)

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-17143-06-0  
DEPÓSITO LEGAL: V-2740-2017

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

En las áreas de las que nos ocupamos, la comprensión sólo se produce en forma de relámpagos. El texto es el largo trueno que los sigue.

WALTER BENJAMIN

La ciudad de arena se mimetiza con el desierto y, a no ser por las luces que a veces se encienden en la noche, nadie diría que está allí.

RAÚL ZURITA

El gran error, el único error, sería creer que una línea de fuga consiste en huir de la vida, evadirse en lo imaginario o en el arte.

Al contrario, huir es producir lo real, crear vida, encontrar un arma.

GILLES DELEUZE



## MODO 1

ABRO los ojos mucho antes de que suene el despertador. Soy un ser que vigila, un hombre que dedica mucho tiempo a imaginar formas de suicidio. No es una obsesión reciente, me viene de antaño, de cuando era un adolescente hermético, de humor sarcástico y ternura oculta. A menudo me veo como un muerto, con la mirada serena de quienes ya han salido de escena y han adquirido las ventajas del espectador, del testigo. No estoy deprimido, que conste. El pensamiento del suicidio es un tema que trato con la objetividad que me otorga el hecho de encontrarme fuera de juego, en los márgenes de la existencia. Tampoco me considero alguien especialmente melodramático, aunque sé que caeré en el melodrama en algunos pasajes de este libro. Me despidió en silencio de algunos seres queridos. Hablo con ellos como un ser que pertenece al otro lado. La idea del suicidio, sólo la idea, suele tranquilizarme. Y, en el fondo, estoy convencido de que jamás cometeré un asesinato contra mí mismo. Con Camus, pienso que el

tema del suicidio es un asunto fundamental, casi el único que vale la pena abordar. Desaparecer, no como un acto que sea fruto de la desesperación o del vacío, sino como una acción libre, bien meditada. Como quien desarrolla una teoría estética, ejecuta una sonata o recita en público un monólogo. Como quien envía un libro a una editorial. Algo parecido al arte. Ser uno de esos japoneses septuagenarios que, igual que en la película de Imamura, se dirige hacia el monte Narayama para dejarse morir. Una forma discreta de esperar la llegada de la muerte. Sin ruido, sin grandes ni sobreactuados gestos. Ascender por la ladera del Narayama hasta conquistar la cumbre y, una vez allí, sentarme y aguardar el frío, el hambre, los primeros mareos, la inconsciencia. La muerte es un tema que deberíamos abordar con naturalidad en las conversaciones con los amigos y, sobre todo, con nuestra pareja. Subrayar nuestra finitud. He pensado en algunas ciudades que, dada su particular belleza, serían un escenario favorable para llevar a cabo el acto suicida. París y Lisboa. Durante mi estancia en esta última, y mientras contemplaba el estuario del Tajo, iba alimentando la idea de terminar mis días en ella. Solía ocurrir durante el oscuro mes de noviembre. Insisto, no lo interpretéis desde una perspectiva particularmente dramática. De hecho, casi podría referirme a una muerte lógica. La lógica del suicidio en una ciudad, Lisboa, que admite sin problemas a un millón de habitantes potencialmente suicidas. No veáis

tristeza en ello. Si hablo de lógica, significa que cualquier acto humano que desemboque en la disolución de uno mismo no altera en absoluto el ritmo del mundo. Uno se quita de en medio, y punto. No veo nada escandaloso en ello. Y, sin embargo, lo más probable es que la muerte sea un escándalo a pesar de su vulgaridad. No lo sé con certeza. Algunos hombres y algunas mujeres se quitan la vida porque han perdido la curiosidad por la existencia. Ahora bien, otros afirman que si se matan es, precisamente, por una curiosidad superior: quieren saber qué hay en ese territorio llamado muerte, qué demonios está cociéndose en la nada. Gran paradoja esta la de pretender saber qué está sucediendo en un lugar que no es, donde no hay datos que revelen vida humana. Como si tuvieran prisa por conocer lo incognoscible, toman un atajo. Sé de algunos que dicen haber experimentado la dulzura de la muerte, la beatitud del no ser, y que no es el negro el color dominante, sino una especie de estallido de blancura, un exceso de luz. Por lo visto, los invade una sensación de euforia. Mi caso es distinto: vivo como si ya me hubiese suicidado, como si estuviera hablando desde la otra parte. Para mí es el malva el color de la muerte. Una caricia sin piel. Grito, pero nadie me oye. Trato de experimentar la muerte en plena vida. Y esto, sin duda, tiene que ver con una voluntad de arte. El cadáver que todavía no ha adquirido el estatuto de cadáver, que dispone del privilegio de la observación sin ser observado.

De niño siempre quise pasar inadvertido, no por timidez sino por un instinto animal de libertad. Un sueño recurrente: me hago el muerto, mientras observo con un ojo abierto mi propio funeral tumbado en el ataúd. Un hombre de cuerpo presente que recibe visitas y escucha con interés las palabras de duelo y las fórmulas de condolencia, que sonrío para sus adentros y que trata de componer un rostro impenetrable, de una neutralidad próxima a la nada, aunque siempre está a punto de romper a reír. Ser y no ser a un tiempo, he aquí no sólo mi gran sueño, sino mi proyecto inmediato de vida. Ser todo el rato, cansa. De ahí que, a la mínima ocasión, busque un resquicio para escapar, una ranura por la que deslizarme y salir a un ámbito absolutamente extraño, sólo apto para suicidas de media jornada. No ser, en este caso, se reduce a algo más banal: no estar disponible ni localizable. Como veis, no soy más que un suicida de tres al cuarto, un suicida de rebajas. Antes de que suene el despertador, mi despertador interior ya ha sonado. Son momentos propicios para la ensoñación y los proyectos más descabellados. Coloco las manos sobre el pecho y empiezo a fantasear con mi postura final. La posición del difunto. «Fue un gran hombre, aunque un poco vago.» En fin, palabras. Son instantes de paz en que me regodeo en mi propio estado de no ser siendo. Ya veis que yo también puedo hacer un uso indiscriminado de cierta terminología heideggeriana. «No ser siendo», apuntad el hallazgo, haced el

favor. Pienso la muerte como un suave tránsito, como quien cruza sin sobresaltos un umbral no del todo perfilado. Del ruido al murmullo, de éste a un silencio que siempre es inaccesible, pues tampoco hay silencio en la muerte. Os lo puedo asegurar. De la imposibilidad del silencio ya hablaremos en otra ocasión. Está el ruido de las uñas y el cabello al crecer, está el ronroneo de las tripas al descomponerse y, en fin, las palabras que el difunto no se atrevió a pronunciar en vida y que ahora, ya muerto, tratan de emerger a la luz y no pueden, ya que se encuentran con el límite físico de la madera, de la piedra, de la tierra. Palabras que topan con sus propios límites, que ya nacieron desarticuladas o por construir o que alguien destruyó. Palabras que necesitan ser expresadas, y que yo escribo ahora desde el otro lado, sabiendo que nadie me importunará con sus comentarios, con sus interrupciones para ir a cenar y toda esa retahíla de convenciones que no hacen más que erosionar la paciencia de quien, insisto, quiere estar muerto sin estarlo y no le dejan.